Contrarrevolución y judeomasonería

La Revolución Francesa culminó y concluyó con éxito un largo proceso histórico de descristianización y secularización, que puede definirse como revolucionario. Oponiéndose, y manteniéndose, a ella se encontraba una escuela de pensamiento católica, a menudo denominada contrarrevolucionaria, que intentó analizar los orígenes y las causas del fenómeno opuesto, así como los remedios para contrarrestarlo. Pero fue solo poco a poco que los autores "contrarrevolucionarios" desarrollaron plenamente el objeto de su investigación. Siguiendo un estudio de G. Miccoli ([1]), *el Rvdo. Nitoglia muestra cómo, a partir de 1870, el principal agente de la Revolución fue identificada por esta escuela de pensamiento, y especialmente por el Magisterio Eclesiástico, en la judeomasonería. Una identificación que ahora se debate y que a menudo se olvida*.

Sodalitium

De las polémicas contrarrevolucionarias a la lucha contra la judeo-Masonería

Incluso en los mejores escritos contra la Revolución y en las polémicas católicas contra la civilización moderna o secularizada, anteriores a la década de 1870-1880, el Judaísmo no ocupaba un lugar central ni prominente.

Con la toma de Roma por los piamonteses, el pensamiento del Papa y del Secretario de Estado (y, en consecuencia, de los grandes pensadores y polemistas católicos, tanto seculares como eclesiásticos) se hizo más claro: el Judaísmo posbíblico se convirtió en el símbolo de la "modernidad" y la

secularización de la sociedad, el gusano que corroía al Cristianismo, el principal artificio de la conjuración anticristiana que condujo a la Revolución ("satánica en su esencia").

Hasta 1870, el Judaísmo constituía un grave peligro para los polemistas antirrevolucionarios, pero solo un peligro potencial; fue el instrumento, más que el agente activo y principal, de la conspiración anticristiana.

> «En la conspiración de los sofistas, los filósofos, los impíos, los masones, custodios del secreto supremo de la secta, los jacobinos, tal como ella es reconstruida y narrada por Barruel [*Mémoires pour servir a l'histoire du Jacobinisme*, Londres 1797-98], los judíos no toman parte. Así como no figuran en los demás análisis contemporáneos que describen y descubren las características de la "revolución": esto se aplica a todas *Las consideraciones sobre Francia* [1797] de Joseph de Maistre... La polémica antimasónica que ardía entre los emigrados franceses no conoce ningún rastro de los judíos, salvo para denunciar los favores que se les concedieron. La lista de conspiradores que conspiraron durante décadas contra el trono y el altar se convierte en el lugar común de toda una prensa de noticias secundarias: ignora a los judíos» ([2]).
>
> Del mismo modo que no aparecen en otros análisis contemporáneos que describen y descubren las características de la "revolución": esto se aplica a todas las Consideraciones sobre Francia [1797] de Joseph de Maistre... La controversia El movimiento antimasónico que se desató entre los emigrados franceses no conoce rastro de los judíos, excepto para denunciar los favores que se les otorgaron. La lista de conspiradores que conspiraron durante décadas contra el trono y el altar se convirtió en el lugar común de toda una prensa secundaria de noticias: ignoró a los judíos

El Judaísmo sigue completamente ausente de la excelente obra, en doce volúmenes, que Monseñor Jean-Joseph Gaume dedicó a *La Revolución*, entre 1856 y 1858. Profundiza en el problema del cesarismo o gibelinismo, como retorno de la filosofía política pagana, que al negar la subordinación del Soberano temporal al Papa es la fuente de la Revolución o del desorden, del Humanismo y del Renacimiento como etapas fundamentales en el despertar del espíritu pagano, no sólo en el dominio político sino también en el de las tendencias y pasiones humanas, que desembocará en el protestantismo y la Revolución francesa ([3]).

Pero ignora el papel que desempeñó la Cábala en la cultura humanista del Renacimiento (véase Pico della Mirándola, Marsilio Ficino, Niccolo Cusano, Giordano Bruno y su mentor medieval, Raimundo Lulio ([4]).

En *Los caracteres de la verdadera religión propuesta a los jóvenes de ambos sexos*, impreso en 1809 por la "Academia de Religión Católica", uno de los centros de la intransigencia romana, el autor dedica un párrafo entero a los judíos, pero afirma: "Los judíos... no son nuestros principales enemigos. Tenemos otros más peligrosos... me refiero a nuestros pseudofilósofos" ([5]).

Joseph de Maistre, en sus *Cuatro capítulos sobre Rusia*, publicados después de su muerte en 1859, menciona de pasada el peligro de los judíos; pero no son la causa principal de los trastornos actuales, sino más bien los instrumentos de los Illuminati bávaros o de la Masonería caída, que, según el pensador saboyano, había perdido su pureza original. ([6]).

Incluso *La Civiltà Cattolica*, hasta la década de 1970, solo mencionó fugazmente a los judíos. "Los primeros artífices de la revolución fueron la Masonería y las sectas" ([7]).

La Civiltà Cattolica: Nacimiento y desarrollo

La Civiltà Cattolica, fundada en 1850, intervino en la cuestión judía en 1858, en relación con el caso Mortara. Unos diez años después, en 1869, apareció en Francia un libro de Gougenot des Mousseaux, que trataba extensamente la cuestión judía: *El judío, el Judaísmo y la judaización de los pueblos cristianos*.

Si con Pío IX se comienza a vislumbrar en 1870 en el Judaísmo la causa principal de la Revolución, fue especialmente con León XIII (1878-1903) que el Judaísmo se convirtió en el principal objeto de estudio y controversia en *La Civiltà Cattolica*.

Cabe señalar que ya en 1830, el abad italiano Luigi Chiarini ([8]), profesor de Antigüedades Orientales en Varsovia, publicó en París una obra en dos volúmenes titulada "*Teoría del Judaísmo*", con la que mostró a los cristianos la verdadera cara del Judaísmo talmúdico. Fue en esta obra que se formaron Giuseppe Oreglia y Gougenot des Mousseaux.

Muchos investigadores se han equivocado sobre la fecha de nacimiento del antiJudaísmo católico moderno de *La Civiltà Cattolica*. Renzo de Felice lo sitúa en 1895, Norman Cohn en 1890, y sostienen que el origen

de esta batalla fue el abad Chabauty, quien en 1882 publicó *Los judíos, nuestros amos*.

Por el contrario, la campaña de *La Civiltà Cattolica* es anterior a la oleada antijudía francesa y debe situarse en 1870, con sus inicios en 1858 (el caso Mortara) y su origen en 1830. (Abbé Chiarini) (cf. R. TARADEL - B. RAGGI, *La segregazione amichevole*. "*La Civiltà Cattolica e la questione ebraica 1850-1945*", Editori Riuniti, Roma 2000, p. 27).

Léon Poliakov también señaló que la Campaña de *La Civiltà Cattolica* comenzó entre 1870 y 1880 y constituyó una especie de "*nihil obstat*" de la Santa Sede. El antiJudaísmo europeo que estalló en Francia entre 1886 y 1887, cuando Edouard Drumont publicó *La Francia judía* con motivo del caso Dreyfus. Según *La Civiltà Cattolica,* el siglo XIX es el siglo de la conspiración judeo-masónica-liberal, el XX es el de la conspiración judeo-bolchevique y en la segunda mitad es el de la conspiración judeo-angloamericana.

LA

CIVILTÀ CATTOLICA

PUBBLICAZIONE PERIODICA

PER TUTTA L'ITALIA

IL 1° E 3° SABBATO DI CIASCUN MESE

Beatus populus cuius Dominus
Deus eius.
Ps. 143. 18.

SESTA EDIZIONE

ANNO PRIMO — VOL. I.

ROMA
ALL'UFFIZIO CENTRALE DELLA CIVILTÀ CATTOLICA
Via S. Romualdo al Corso n.° 241.
1850

Portada del primer número de "La Civiltà Cattolica"

Una excepción a este panorama es *La Iglesia romana ante la Revolución,* de J. Cretineau-Joly... La primera edición de la obra se publicó en 1859... los judíos no se mencionan con frecuencia... Pero se aportó un elemento importante para futuros desarrollos. A la luz: que el Judaísmo da las órdenes y el salario a los periodistas, que los judíos controlan toda la prensa... "Es una venganza de diecinueve siglos que los deicidas conspiran contra el Calvario" (vol. II, pág. 386). Esta es la razón por la que los judíos se unieron a las sectas... Pero Crétineau-Joly, que siempre habla de unos pocos judíos, de ciertos judíos, finalmente se cuida de señalarlo explícitamente: "El número de judíos que se dedicaron a este negocio de odio y venganza es muy limitado" (vol. II, pág. 386). En su reconstrucción general, los grandes núcleos de conspiradores nacen y maduran en otros lugares: entre las herejías, el jansenismo, el galicanismo, la filosofía, la Masonería, las diversas sectas.

Sin embargo, se había dado una indicación precisa. Crétineau-Joly lo había escrito explícitamente: "No será muy difícil para la historia sorprender la mano de ciertos judíos incitando revueltas" ([9]).

Unos años más tarde, el paso se daría: primero por Pío IX y luego por León XIII con la Secretaría de Estado, que se expresó a través de *La Civiltà Cattolica*. Esta revista, de 1880 a 1903, comenzó a tratar sistemáticamente el tema de los judíos, "convirtiéndose así, incluso en esta cuestión, en un modelo y un punto de referencia fundamental para la opinión pública católica, no solo en Italia" ([10]).

El Judaísmo, símbolo y principal agente de la Revolución

> «Solo lentamente, durante la segunda mitad del siglo XIX, los judíos ocuparon una posición cada vez más prominente y un papel cada vez más decisivo en el ámbito de esta conspiración sectaria que, por la cultura inflexible, constituyó la única clave explicativa verdadera de todas las convulsiones modernas. (...) Este pluralismo de opiniones sobre los judíos..., aún presente... en años anteriores, desapareció o casi desapareció: en la segunda mitad del siglo, es difícil encontrar entre los católicos a alguien que vaya más allá de las oraciones por su conversión" ([11]).

Entre los autores que en la segunda mitad del siglo XIX comprendieron y denunciaron el peligro judío se encontraban Monseñor Meurin S.J. (obispo

in partibus de Ascalona y posteriormente arzobispo titular de Nisibi y finalmente obispo residente de Port-Louis; nacido en Berlín, experto en hebreo y sánscrito) con el libro *La francmaçonnerie synagogue de Satan*, de 1893, y Roger Gougenot des Mousseaux, nacido en Coulommiers, Francia, formado en la escuela de Paul Drach, con la obra *Le Juif, le Judaisme et la judaisation des peuple chrétiens*, de 1869.

La brecha de Porta Pía

> «El cambio se confirma... durante la década de los setenta... La caída del poder temporal se sintió como un episodio central en el ataque liderado por las sectas contra el Catolicismo... La revolución parece triunfante, con sus objetivos anticristianos cada vez más manifiestos y evidentes» ([12]).

El Papa XIII

El Judaísmo se convierte en el símbolo de la nueva civilización secularizada que ha apostatado de la Iglesia, precisamente porque fue formada por ella, tras largos años de conjuración anticristiana.

> «La conspiración anticristiana se convierte así en la obra eminente de los judíos para derrocar a la Iglesia de Cristo y llevarla a la dominación mundial» ([13]).

Fue precisamente con motivo de la brecha en Porta Pía que el complot urdida en la oscuridad salió a la luz:

> «Judíos extranjeros, que acudieron en masa a la nueva capital, dirigieron los periódicos y alimentaron los ataques contra la Iglesia; judíos de Roma, que habían traicionado a su soberano, olvidando los beneficios que les otorgó, acogían con alegría a los piamonteses, y frecuentaban lugares que antes les habían estado prohibidos. El verdadero, el gran escándalo, fue este: los judíos en Roma, la sede de Pedro, la capital del Catolicismo, reemplazaban a los cristianos, adquirían propiedades y ejercían funciones gubernamentales. Esta era la prueba de su "fusión" con la "revolución", y la razón de la futura revancha cristiana que no podía alcanzarlos: el derecho a tomar "medidas defensivas" contra los judíos en el futuro nacía, de hecho, de sus comportamientos actuales» ([14]).

En este sentido, son significativas las páginas escritas por los hermanos Lémann, judíos convertidos al Catolicismo:

> «Sus correligionarios [judíos]... han causado un gran daño a Roma. (...) El 20 de septiembre de 1870, los zuavos, defensores de Roma..., habían abandonado las murallas... Sus amigos se apresuraron a traerles ropa de civil. Pero al final del puente [Saint Ange]... había hordas de judíos que, entre los gritos... de los revolucionarios contra los zuavos, les arrancaron... maletas, ropa, todo lo que pudieron agarrar, y... lo arrojaron todo al Tíber, pero abajo estaban sus marineros que en sus botes recogieron todo lo que había sido arrojado al río. (...) El año pasado... en la puerta del Gesù... la gente gritaba contra los cristianos, que pacíficamente e inofensivamente se habían reunido para orar juntos. Al salir, fueron golpeados. Bueno, detrás de estos locos que gritaban y golpeaban, reconocimos a los judíos del gueto. (...)
>
> Cuando pedíamos información sobre las innobles escenas que se desarrollaban en el Corso... donde se ridiculizaban cosas santas, se insultaba a sacerdotes, se profanaban estatuas de la Santísima Virgen... siempre nos decían: los *buzzurri* [los "paletos", es decir, los piamonteses] y los judíos. (...) Cuando el 20 de septiembre de 1870, el Gobierno Subalpino entró por las puertas de Roma a cañonazos, la brecha aún no estaba completa cuando una multitud de judíos ya había pasado para felicitar al General Cadorna y todo el gueto se engalanaba con los colores piamonteses (...).

¿Merecía Pío IX que los israelitas le causaran este doble dolor: primero pasar al campamento de sus enemigos, luego devastar Roma durante su cautiverio en el Vaticano? (...) ¡No! Pío IX no lo merecía ni como soberano ni como benefactor. (...) Los Papas siempre han consentido con benevolencia la estancia de los judíos en su ciudad. Este pueblo errante era libre de no ir allí. Pero siempre iban allí llamando a Roma... *Paraíso de los judíos*. Por lo tanto, los Papas han protegido constantemente a los israelitas. Pero, sin embargo, si hubo alguien que se mostró más especialmente protector de ellos, que veló por su condición temporal con mayor solicitud, proclamándolo con la mano en la historia y en el corazón, ese fue sin duda Pío IX. (...) Los israelitas fueron relegados a un distrito separado, el gueto... Pío IX mandó destruir estas puertas y murallas...» ([15]).

De estos hechos, los hermanos Lémann concluyeron que el Cristianismo debía ser defendido del peligro judío y que a los judíos no se les podía conceder los mismos derechos civiles:

«Nunca aconsejaremos –continuaban los hermanos Lémann–, que se les conceda en Roma el derecho a ser propietarios. Conocemos las tendencias de nuestra nación; tanto sus cualidades buenas como sus malas. Si se les concede este derecho de propiedad, apostamos a que en 30 o 50 años como máximo, Roma ya no pertenecerá a los católicos, sino que estará en sus manos (...). El peligro supremo de Roma... no son los hombres de la revolución, ellos pasarán. *El peligro supremo de Roma sois vosotros, oh señores, que no pasáis*. Armados con vuestro derecho de propiedad, con vuestra astucia... y vuestro poder, antes de que termine el siglo, seréis los amos de Roma» ([16]).

Los hermanos Lémann, por lo tanto, piensan, desde la brecha de Porta Pía, en las medidas que los futuros gobiernos cristianos deberán tomar para protegerse del contagio del Judaísmo, el primer arquitecto y conductores de la Revolución.

«El concepto... fue formulado... para anunciar el futuro. Defensa, el derecho a defenderse de los judíos: así se pronuncian las palabras clave que justificaron la organización de movimientos políticos antisemitas» ([17]).

Pero cabe señalar que estas fueron pronunciadas por dos judíos conversos, ¡y difícilmente se les puede acusar de antisemitismo! En cualquier

caso, la tendencia que emergió con el 20 de septiembre de 1870 fue la de la identificación de los judíos con la Revolución.

> "La necesidad de la lucha de defensa contra la 'revolución' se convirtió así en una lucha de defensa contra los judíos. (...) El siguiente paso en estos años fue convertirlos en los principales agentes, los auténticos promotores del ocultismo» ([18]).

La "Sinagoga de Satán"

La representación del pueblo judío como rebelde y subversivo era muy antigua: la Sinagoga Talmúdica siempre se había considerado un "*fons persecutionum*". Así, la emancipación de los judíos, lograda gracias a la Revolución, y los beneficios que los judíos habían obtenido de ella, estaban a la vista de todos. Estos dos aspectos: *Sinagogæ Judeorum fontes persecutionum* [las Sinagogas de los Judíos fuentes de la persecución – ndt], y los beneficios derivados de la Emancipación (hija de 1789), no podían explicar por sí solos lo sucedido anteriormente ni eran suficientes para convertir al Judaísmo en el principal artífice del largo proceso de disolución que había conducido a 1789. Faltaban dos elementos: el concepto de Revolución, tal como se especificaba en el Magisterio eclesiástico y en la apologética contrarrevolucionaria de aquellos años, y la idea de una larga conjuración clandestina y secreta.

Joseph de Maistre comprendió bien la naturaleza de la Revolución (aunque no se le pueda definir como un pensador completamente contrarrevolucionario, debido a ciertas lagunas, si no errores reales, en su sistema doctrinal. Está influenciado por el esoterismo masónico, que nunca lo ha abandonado; cf. sobre este tema el artículo publicado en el *Sodalitium* nº 49). Esta Revolución la definió como "satánica en su esencia, satánica porque se rebela contra la autoridad, es decir, contra Dios" ([19]).

La única alternativa posible, para De Maistre, era el papado: si "la Revolución es un error", si "es satánica en su esencia", "solo puede ser aniquilada por el papado, que es la verdad, pues es Cristo en la tierra" ([20]). Por lo tanto, era necesario reunificar la Iglesia y el Estado, el trono y el altar.

Pero el año 1870, con la caída del poder temporal del Papa, creó una nueva situación. Los gobiernos y los reyes, ahora en gran medida infiltrados por el mal revolucionario, no habían respondido al llamado del Papa a la defensa. En 1876, el padre Raffaele Ballerini ([21]), en *La Civiltà Cattolica*,

escribió que el pecado de Europa consistía en la guerra que todos los estados y tribunales, siguiendo la política cesaropapista de la segunda mitad del siglo XVIII, *sin ninguna excepción*, libraron contra la Iglesia católica.

«Los grados de maldad varían en cada estado: pero todos están infectados. (...) Todos, en una palabra, han acordado excluir a Jesucristo de su civilización, repitiendo las palabras de la Sinagoga contra Cristo Rey: "*Nolumus hunc regnare super nos*" [No queremos que éste reine sobre nosotros – ndt] (Lc XIX, 14): queremos vivir separados de la Iglesia... queremos la secularización universal» ([22]).

Ya en 1872, en Múnich, los "*Historischpolitische Blätter*" convirtieron a los judíos en los protagonistas absolutos de la Revolución y la secularización de Europa. El padre Ballerini, aunque sin nombrarlos explícitamente, establece una analogía entre el comportamiento de los estados modernos y el de la Sinagoga Farisaica: es decir, el rechazo del Reino Social de Cristo y su Iglesia. La nueva condición de la sociedad, en el fondo, es antigua: es el mismo rechazo obstinado de Jesucristo, que había sido tramado por el Sanedrín e inculcado en la mayoría del pueblo judío.

El caso del padre jesuita Ballerini no es un caso aislado. Las condiciones de la Iglesia romana en esos años son similares a las de los tres primeros siglos: es perseguida.

Los discursos de Pío IX, después de 1870, son significativos:

> «A Pío IX no le faltan palabras explícitas y duras contra los judíos: 'perros', que se han convertido en tales, de los 'hijos' que eran, 'por su dureza e incredulidad' ('y de estos perros', añade el pontífice, 'hay desgraciadamente demasiados hoy en Roma, y los oímos ladrar por todas las calles, y nos acosan por todas partes') ([23]). Y el Papa continúa: 'bueyes', que 'no conocen a Dios' y 'escriben blasfemias y obscenidades en los periódicos': 'pero llegará un día, un día terrible de venganza divina, en que tendrán que rendir cuentas por las iniquidades que han cometido' ([24]). 'Un pueblo duro y desleal, como también vemos en sus descendientes', que 'hicieron continuas promesas a Dios y nunca las cumplieron' ([25]).

23 de marzo de 1873, Pío IX, refiriéndose a Simón el Cireneo, volvió al tema de los "judíos réprobos":

«En esta circunstancia, el Señor no permitió que un judío lo ayudara. Esta nación ya estaba reprobada, y severa en su reprobación, (...) Jesucristo quiso, en cambio, ser ayudado por un pagano, dando así prueba de lo que se

había predicho, es decir, que otras naciones reemplazarían a la depravada nación judía para conocer y seguir a Jesucristo» ([26]).

En el discurso del 12 de febrero de 1874 a los párrocos de Roma, el Papa Mastai estableció, una vez más, un paralelismo entre la situación actual de la Iglesia Romana y la de sus inicios: "Las tormentas" que la azotan son las mismas que sufrieron en sus orígenes; entonces fueron "provocadas por los gentiles, por los gnósticos y por los judíos" y "los judíos también están hoy presentes" ([27]).

> «No es casualidad que en aquellos años Pío IX recurriera a la figura de la 'Sinagoga de Satanás' ([28]). Según Pío IX, los revolucionarios actuales son los 'fariseos modernos' que, 'como los antiguos', pretenden destruir la Iglesia; 'repiten las expresiones inicuas que los fariseos repetían cuando el Divino Redentor conversaba con los hombres'» ([29]).

El padre Francesco Berardinelli, en un artículo publicado en *La Civiltà Cattolica* en 1872, definió a los perseguidores modernos del Vaticano como "nuevos judíos", "renegados y apóstatas (...) de la raza de los que escupieron a Jesús en el atrio de Caifás", "una cuadrilla de perros (...) de la raza de esas bestias agusanadas del Gólgota" ([30]).

La Civiltà Cattolica, que expresaba el pensamiento de la Secretaría de Estado de la Santa Sede, identificó, desde 1870, la Revolución, la Masonería y el Judaísmo, y vio en el Judaísmo Talmúdico la cuna de la Masonería y las sectas que habían traído la Revolución a Europa. En resumen, la sociedad moderna es, para *La Civiltà Cattolica* y para la Santa Sede, una "sociedad judaizada", y el Judaísmo es sinónimo de Revolución y FrancMasonería, incluso es la causa.

La conjuración anticristiana

La profundización de los conceptos de conspiración, complot, complot o maquinación fue decisiva para obligar al Magisterio eclesiástico y a los polemistas contrarrevolucionarios a tomar las medidas necesarias; así, pudieron afirmar que el principal autor del asalto infernal contra el papado y el Cristianismo fue el Judaísmo, que se valió de las diferentes sectas, divididas en cuanto a sus "obediencias", pero unidas en cuanto al fin: la destrucción de la Iglesia y la sociedad cristiana ([31]).

El propio Pío IX, ya inmediatamente después de 1848, había lanzado la idea de una gran conjuración ([32]). Sin embargo, "un hilo conductor une

las primeras elaboraciones de finales del siglo XVIII con las teorías y construcciones de un siglo después. Pero los protagonistas y artífices varían. Fue solo durante la segunda mitad del siglo que los judíos desempeñaron un papel cada vez más importante, hasta el punto de convertirse en sus autores" ([33]).

El Padre Oreglia ([34]) en *La Civiltà Cattolica* expresó este concepto con gran lucidez: La Masonería es una fundación relativamente moderna, pero "este complejo de doctrinas satánicas y eruditamente anticristianas [...] que, desde los primeros gnósticos y maniqueos hasta los masones y liberales modernos, de secta en secta, fue transmitido por la Cábala y la tradición, es muy antiguo y contemporáneo de la fundación misma de la Iglesia" ([35]).

Los puntos de partida teológicos son obvios: la oposición constante entre Dios y Satanás corresponde, en el tiempo histórico, a una oposición igualmente irreductible entre la Iglesia y la Sinagoga, entre la Ciudad de Dios y la Ciudad de Satanás. Esta ha sido siempre la enseñanza de los Padres de la Iglesia. Sin embargo, desde la ruptura de Porta Pía en adelante, los bloques son claramente distintos. Todas las sectas, diferentes en cuanto a sus miembros y rituales, fundadas por diferentes personas en diferentes épocas y lugares, tienen un mismo objetivo: el odio a Jesucristo y a su Iglesia. Por eso "debieron recibir siempre la inspiración de la misma secta perenne, cohabitando con la Iglesia y, naturalmente, su enemiga" ([36]). Ahora bien, para lograr este fin, concluye el padre Oreglia, el diablo solo podría haber bastado; sin embargo, quiso servirse de sus principales y predilectos partidarios, los que crucificaron a Jesús:

> «Si el diablo..., además de su maligna voluntad y poder... se hubiera encontrado aún en sus manos desde los orígenes de la Iglesia una sociedad e incluso un pueblo, una raza y una nación de gente naturalmente dispuesta y preparada para seguir sus criminales designios anticristianos: si este pueblo, esta raza y esta nación se hubieran encontrado también entre los más inteligentes, los más trabajadores, los más obstinados, lo que constituye la nación judía, como en todo lo demás, especialmente en el odio a Cristo y a los cristianos: y esto porque por Cristo fue reprendido y expulsado hasta los últimos tiempos, cuando se convertirá a Él... Si, decimos, el diablo, desde los comienzos de la Iglesia hasta nuestro tiempo, hubiera encontrado lista a cumplir sus órdenes y servirle una raza tan apta y tan naturalmente dispuesta a luchar siempre y en todas partes su guerra anticristiana, ¿por qué no la habría elegido

como su propia universidad perpetua y ampliamente, destinada a preservar y propagar siempre y en todas partes... todo el cuerpo de doctrinas y artes anticristianas favorables al objetivo común del diablo y de los judíos?» ([37]).

Este juicio se basa en la "teología de la historia" propia de la Iglesia Romana. Esta ha enseñado durante siglos que los judíos son los enemigos por excelencia del Cristianismo, así como del mismo Jesús.

A partir de 1870, la Iglesia determinó que solo el Judaísmo talmúdico podía ser el principal inspirador y director oculto de la conjuración anticristiana que explosionó con la mayor virulencia precisamente en Roma, sede del Vicario de Cristo. La experiencia de Pío IX representó una prueba de esta teoría. Por estos motivos, la Iglesia invitó a sus fieles a una legítima (y moderada) defensa.

Antisemitismo y antiJudaísmo

Uno de los mayores especialistas en la polémica antijudía-masónica y antimodernista fue el obispo Henri Delassus. Nacido el 12 de abril de 1836 en Estaires, Francia, ordenado sacerdote en Cambrai en 1862, en 1875 llegó a ser director del semanario *La semaine religieuse de Cambrai*.

Apoyándose en una sólida doctrina teológica y abundante documentación, a menudo de primera mano, dotado de una clarividencia excepcional (fue uno de los pocos antimasones que no cayó en la trampa taxiliana), discípulo del cardenal Pie y Dom Guéranger, representante del pensamiento ultramontano más puro, formado en la escuela de Louis Veuillot, miembro del *Sodalitium Pianum*, ataca la Revolución con franqueza, basándose en las ideas de Maistre sobre los principios de 1789. Pero las integra con una sólida doctrina tomista de la que carecía el saboyano y las expurga de ciertas ideas esotéricas (la unidad trascendente de la Tradición primordial) que acompañaron a De Maistre hasta el final; también ataca la democracia cristiana y el americanismo. Sus principales obras sobre el problema judeo-masónico, que representan una auténtica suma del pensamiento contrarrevolucionario, son: *La conjuración anticristiana*. *El templo masónico que quiere levantarse sobre las ruinas de la Iglesia Católica*, en tres volúmenes (1910), y *El problema de la hora presente: Antagonismo de dos civilizaciones*, en dos volúmenes (1904).

El Papa Pío IX (imagen del siglo XIX)

El obispo Delassus fue nombrado prelado doméstico de Su Santidad por San Pío X en 1904 y protonotario apostólico en 1911. Falleció en Saméon el 6 de octubre de 1921.

Él ha escrito:

> «El Calvario dividió la raza judía en dos: por un lado, los discípulos que llamaron e incorporaron a todos los cristianos; por otro, los verdugos, sobre cuyas cabezas, según su voluntad, cayó la sangre de los justos, condenándolos a una maldición que durará tanto como su rebelión" ([38]).

Para el obispo Delassus, el antiJudaísmo coincide con el Catolicismo en el sentido de que los católicos deben combatir el Judaísmo, como combaten la Masonería, el socialismo y la anarquía, para defender la sociedad civil y la Iglesia. Su postura es muy diferente a la del antisemitismo biológico o racial, especialmente en lo que respecta a dos elementos fundamentales:

«La plena salvaguardia del Judaísmo antiguo, del que nacieron Jesús, María, los Apóstoles, los fieles de las primeras comunidades cristianas, y el reconocimiento de que el judío siempre tiene la posibilidad de redimirse, y que debe seguir siéndolo, como el camino de la conversión al Cristianismo. La consideración de una "raza maldita" ... es una condición histórica, históricamente datada e históricamente superable... no es producto de la naturaleza que aprisiona irremediablemente en una condición sin salida» ([39]).

El padre Oreglia, ya en 1880, había expresado la misma teoría (o más bien, la teoría de la Santa Sede y la Secretaría de Estado, difundida a través de *La Civiltà Cattolica* y retomada, poco a poco, por los grandes pensadores contrarrevolucionarios, incluido Delassus) precisamente en las páginas de *La Civiltà Cattolica*, escribiendo:

«Los católicos no exigen la expulsión de los judíos, sino que solo piden que su acción se restrinja en la medida en que perjudique el bien público. Quieren preservar el carácter cristiano del Estado, de la legislación, de la enseñanza y de los principios sociales. Quieren la extirpación de los principios judíos, ... que el régimen liberal ha hecho dominantes, pero no la expulsión de un pueblo que, en definitiva, es de la sangre de Abraham, y entre el cual nació el Salvador. Con una organización cristiana del Estado, los judíos los judíos no inspiran ningún temor» ([40]).

El padre Oreglia criticó duramente las agitaciones antisemitas que estalló en Alemania en aquella época; era ajeno al espíritu católico; de hecho, era de inspiración protestante. Pero como esta agitación no provenía de un "puro espíritu de justicia —continúa el padre jesuita— de religión y defensa social bien entendida, sino principalmente de la pasión de la envidia y la venganza", será estéril: *nihil violentum durat!* El criterio en el que el padre Oreglia basa su juicio, para juzgar la bondad o no de un movimiento, es si está inspirado o no por el Magisterio de la Iglesia Romana. Por eso, la única reacción verdadera al Judaísmo talmúdico es la guiada por el Magisterio de Pedro, y es obvio que los católicos que participan en el ámbito social y político deben estar en primera línea en la lucha contra la judeomasonería, bajo las directrices de la Santa Sede. De hecho, con prejuicios liberales, de "sana" autonomía respecto de la enseñanza pontificia, no se puede ganar la lucha contra el Judaísmo. Según el padre Oreglia, el camino a seguir es el opuesto:

"El Judaísmo sólo puede ser derrotado de una manera, es decir, derrotando al liberalismo… El liberalismo y el Judaísmo son... dos cosas completamente idénticas y en perfecta armonía... Los liberales son incapaces de detener la invasión judía porque son ellos mismos, aunque no tengan sangre semita en las venas, quienes se han convertido al Judaísmo con falsas doctrinas y malas obras. Han repudiado las grandes ideas de caridad, sacrificio y honor que constituyen la espléndida y gloriosa corona del cristiano, y luego se quejan porque han caído en la esclavitud judía. Es en vano e injusto que se quejen; es el castigo por su pecado. Que vuelvan a ser verdaderos cristianos y cesará la servidumbre judía" ([41]).

El Padre jesuita G. Oreglia da Santo Stefano, uno de los mayores expertos en el problema judío

Del antijudaísmo al antimodernismo

A finales del siglo XIX, especialmente con los pontificados de Pío IX y León XIII, la Iglesia romana comprendió mejor la causa de la Revolución que amenazaba al Cristianismo y a la propia Iglesia desde el humanismo, de manera pública e institucional (aunque durante la Edad Media no faltaron movimientos heréticos o gibelinos, pero que no alcanzaron el alcance ni la dimensión pública y oficial del retorno al "judeopaganismo" propio de la

era humanista): el verdadero enemigo y la fuente de toda revolución y todo desorden era el Judaísmo talmúdico.

Para la Santa Sede, el antiJudaísmo también representaba el contraataque, así como el remedio y el antídoto para restaurar la fuerza de penetración en la sociedad civil de la realeza social de Jesucristo, expulsado del Estado secularizado y laicizado.

A partir de los primeros años del siglo XX, con el pontificado de San Pío X, se produjo un cambio en el estudio de la cuestión debido al surgimiento de un fenómeno muy peligroso: el modernismo, condenado por la encíclica *Pascendi* del Papa Sarto, un movimiento que buscaba destruir la Iglesia desde *dentro*. La Iglesia tuvo que reunir sus propias fuerzas y fortalecer sus filas para desenmascarar las infiltraciones enemigas en su propio seno, gracias a la convergencia de todos los católicos bajo el liderazgo supremo del Papa y el auténtico Magisterio de la Iglesia.

La Civiltà Cattolica, que de 1880 a 1903 estudió el peligro de forma constante e ininterrumpida durante veintitrés años, ya no tratará dicho problema con la misma atención, para dirigir sus esfuerzos a la lucha contra el modernismo, sin ningún cambio de opinión sobre los peligros judeo-masónicos.

Ciertamente, si se hubiera mirado entre bastidores, se habría descubierto que los promotores de la herejía modernista eran los mismos. El obispo Delassus en *L'Americanism and the Anti-Christian Conspiracy* (1899) había demostrado cómo esta forma de modernismo en el ámbito ascético (condenada por León XIII en *Testem benevolentiae*) tuvo sus orígenes en la *Alianza Israelita Universal*. Pero era necesario no dispersar esfuerzos sin perder tiempo, sino volver a las causas e intentar expulsar de inmediato a los modernistas, que se habían infiltrado en los centros vitales de la Iglesia, para aplastarlos lo antes posible con medidas prácticas y disciplinarias: esto es lo que hizo admirablemente San Pío X, aunque no logró completar la obra iniciada debido a su prematura muerte.

> «Esta *relativa disminución* de la polémica antijudía por parte de la Iglesia no representó, sin embargo, su *abandono*, y mucho menos su crítica y su rechazo. El pensamiento fundamentalista, tanto en Roma como en otros lugares, continuó teorizando el papel perjudicial de los judíos en toda la sociedad cristiana. Y sabemos cuánto crédito gozó en Roma durante el pontificado de Pío X» ([42]).

En 1913, el juicio de Beylis, celebrado en Kiev por un caso de homicidio ritual, "reprodujo en la prensa católica, con toda su amplitud, las acusaciones habituales contra el Judaísmo talmúdico" ([43]).

Además de *La Civiltà Cattolica*, se distinguieron en esta batalla Monseñor Umberto Benigni (en su *Storia Sociale della Chiesa* y en varios artículos escritos en la revista florentina *Fede e Ragione* del padre Giulio De Toth) y Monseñor Ernest Jouin (en la *RISS*), considerados como los "representantes del integrismo católico" ([44]).

Solución práctica al problema judío

La solución al problema judío consistía, para *La Civiltà Cattolica*, en derrocar el estado liberal que había otorgado igualdad de derechos civiles a los judíos y, por lo tanto, en la segregación caritativa de los judíos, protegiéndolos así de la violencia popular y violentas de los antisemitas y, al mismo tiempo, los ponía en una posición que no pudiera perjudicar a la sociedad cristiana. Los artículos sobre el problema judío, iniciados por el padre Oreglia (1870-1880), eran de carácter especulativo, mostrando a los cristianos la filosofía y los principios del Judaísmo. Los del padre Mario Barbera son la aplicación práctica de los artículos de Oreglia; es decir, estudiaban a fondo cómo resolver la cuestión judía mediante la segregación caritativa.

¿Pueblo judío o raza judía?

La terminología de *La Civiltà Cattolica* se fue precisando gradualmente. Inicialmente, se la denominó Raza Judía, luego origen judío y, por consiguiente, Nación o Pueblo Judío. Según el padre Ballerini, el pueblo judío está constituido por una "mezcla de Biblia, Talmud y Cábala", lo que significa que lo que permite discernir la naturaleza de un pueblo es una cultura común (no necesariamente ni exclusivamente religiosa) que une a un grupo de familias. Por lo tanto, para *La Civiltà Cattolica*, el Judaísmo es una nación no en el sentido territorial, sino en el cultural, y, en consecuencia, un pueblo. Este concepto de nación o pueblo cultural suplantó los términos raza y origen. Ahora bien, la cultura judía es la cultura talmúdica, según la cual los judíos son la **raza superior** que debe convertirse en los amos del mundo entero.

> «La pertenencia de un individuo a la "nación judía" no depende de factores raciales ni religiosos: al contrario, nace de sus orígenes en una

familia judía y de haber absorbido a través de ella los elementos esenciales de la cultura judía y, con ello, la solidaridad con su propia "nación" (R. TARADEL - B. RAGGI, *op. cit*., pág. 102).

Con la victoria del nacionalsocialismo en Alemania en 1933, *La Civiltà Cattolica* s profundizó en el concepto de raza judía para elaborar el concepto de nación y pueblo judíos.

En 1938, el padre Antonio Messineo escribió varios artículos sobre el concepto de nación y raza. Según él, la nación es una entidad social natural cuyo propósito es desarrollar los fundamentos étnicos y culturales en los que se fundamenta y promover el bienestar temporal común (subordinado a lo sobrenatural) de sus súbditos.

Ella, por lo tanto, debe defenderse de quienes (los judíos) la corrompen, porque no se dejan asimilar y, por el contrario, tienden a hacerse hegemónicos.

Por lo tanto, es necesario recurrir a la **segregación caritativa** (como el leproso internado en una leprosería, por su propia salud y la de los demás). Pío XI condenó el racismo exagerado y biológico, pero declaró:

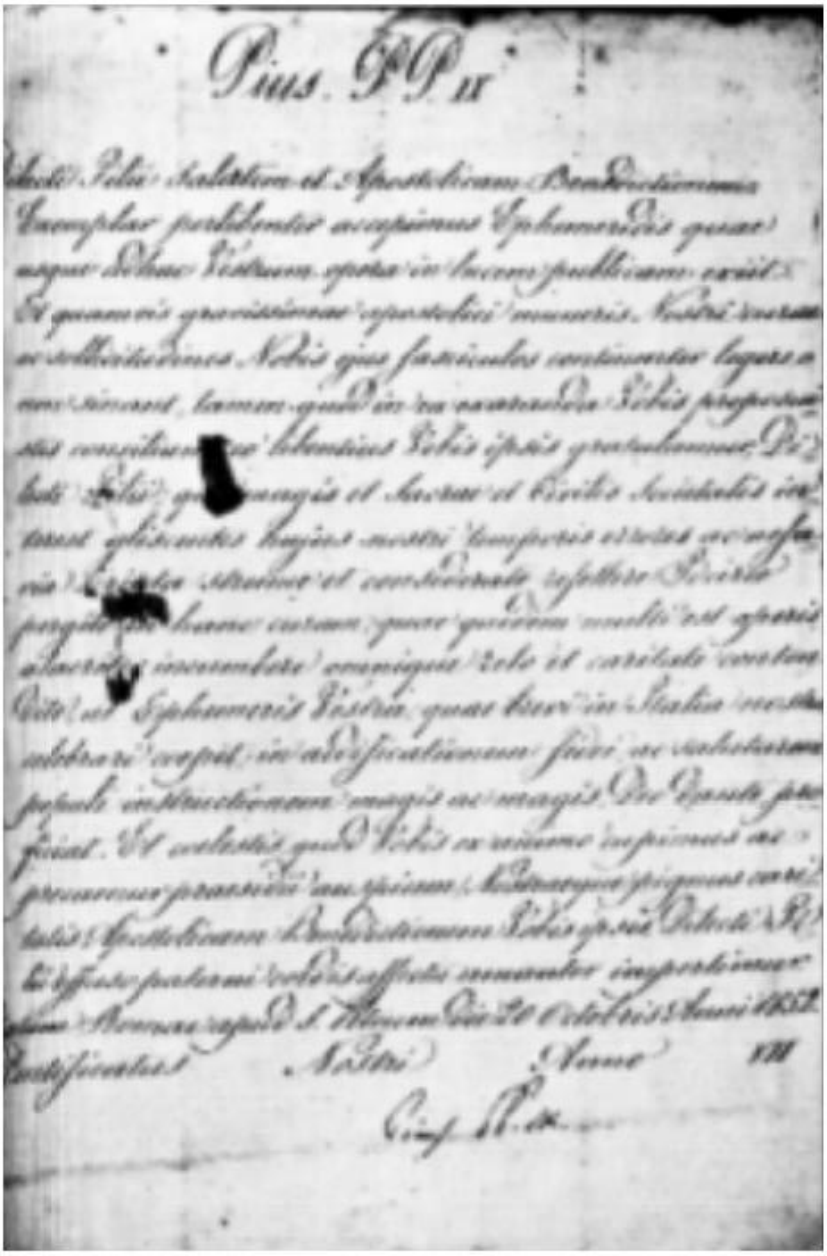
> «Esto es lo que es el **verdadero racismo** para la Iglesia... el **racismo sano**... Todos iguales, todos objeto del mismo afecto maternal, llamados a ser todos en su propio país, en nacionalidades particulares... en la raza particular, propagadores de esta idea tan grande y ... humana, incluso antes de ser cristianos» (28 de julio de 1938, Discurso a los Estudiantes del Colegio de Propaganda, en Actas de S.S. Pío XI, tomo XVIII, Bayard, París 1939).

El Padre Messineo trabajó entonces para que el término "Raza" se sustituyera por el de Pueblo o Nación.

La lucha contra el totalitarismo cesarista

Pío XI condenó los diversos totalitarismos, ya fueran de origen marxista (comunismo), neopagano o mazziniano (nacionalsocialismo) y, bajo ciertos aspectos, el Fascismo.

El racismo biológico preocupó cada vez más al Pontífice, quien encargó a un jesuita la redacción, junto con otros dos sacerdotes, del borrador de una futura encíclica que condenara el racismo biológico; pero Pío XI murió poco antes de poder promulgar esta encíclica, en la que, sin embargo, se reafirmaba la tesis tradicional sobre el problema judío.


Pius PP IX

Escrito en el que Pío IX agradece y bendice a los autores de "La Civiltà Cattolica"

He aquí una parte del texto:

«La llamada cuestión judía, en su esencia, no es una cuestión de raza, ni de nación, ni de nacionalidad territorial, ni de ciudadanía en el Estado. Es una cuestión de religión y, desde la venida de Cristo, una cuestión de Cristianismo. (...) El Salvador, a quien Dios envió a su pueblo elegido, fue rechazado por este pueblo, violentamente repudiado y condenado como criminal por los más altos tribunales de la nación en connivencia con la autoridad pagana... Finalmente, Él fue condenado a

muerte. (...) El mismo acto por el cual *el pueblo judío condenó a muerte a su Salvador*... fue... la salvación del mundo.

Además, este pueblo desdichado, que se había arrojado a la desgracia, cuyos jefes cegados habían invocado las maldiciones divinas sobre sus propias cabezas, condenado, al parecer, a vagar eternamente sobre la faz de la tierra, fue, sin embargo, preservado... de la ruina total. (...)

San Pablo... mantiene la posibilidad de la salvación para los judíos, siempre que se aparten de su pecado... Israel sigue siendo el pueblo *antiguamente elegido* ...

Nos observamos entre el pueblo judío una enemistad constante hacia el Cristianismo. El resultado es una tensión perpetua entre judíos y cristianos, que, en rigor, nunca se ha relajado... La alta dignidad que la Iglesia siempre ha reconocido a la misión histórica del pueblo judío ... no la ciega, sin embargo, a los peligros espirituales a los que el contacto con los judíos puede exponer a las almas... Mientras persista la incredulidad del pueblo judío... la Iglesia debe, con todos sus esfuerzos, prevenir los peligros que esta incredulidad y esta hostilidad podrían crear problemas para la fe y la moral de sus fieles (...). La Iglesia nunca ha faltado a este deber de proteger a los fieles contra las enseñanzas judías, cuando las doctrinas contenidas amenazan la fe. (...) También ha advertido contra las relaciones demasiado fáciles con la comunidad judía...» ([45]).

Conclusión

Los verdaderos pensadores, íntegramente contrarrevolucionarios, que han escrito sobre la Revolución después de 1870, se remiten con razón a las directrices de la Santa Sede. Consideran al Judaísmo como la principal causa (de orden natural) de todo desorden; para ello se vale de las diversas sectas y, en especial, de la Masonería, que es su creatura.

Naturalmente, también existe una causa concomitante (de orden preternatural): el diablo, que tienta al hombre desatando las pasiones rebeldes que residen en el corazón de cada hijo de Adán. El problema también consiste en analizar la naturaleza de la Revolución y los mecanismos por los que avanza; pero sería un error minimizar el deber que nos incumbe, el de revelar la identidad de los conspiradores, ya que sin conspiradores no habría Revolución. *Actiones sunt suppositorum* [cada acción tiene su propio supuesto – ndt] enseña la buena filosofía. Además, no es cierto —según el

Magisterio eclesiástico— que los agentes de la revolución cambien. No, después El deicidio, el agente natural y principal, el partidario privilegiado de Satanás, es el Judaísmo, que seguirá queriendo destruir la Iglesia y el Cristianismo, como mató a Jesucristo, siempre y cuando no se convierta al Cristianismo. Hablar solo de pasada de sectas secretas o incluso de la Masonería, que son los principales agentes de la Revolución, sin decir cuál el origen y la cuna de la Masonería (es decir, el Judaísmo posbíblico) es, como mínimo, ¡reductivo! ([46]).

En resumen, para ser completamente contrarrevolucionarios, uno debe combatir públicamente la judeomasonería.

Notas

1) G. MICCOLI, *Santa Sede, questione ebraica e antisemitismo,* en S*toria d'Italia,* Annali vol. 11 bis, *Gli Ebrei in Italia*, Einaudi, Turín 1997. Se trata de un estudio muy serio, en el que me baso sustancialmente, pero cuyos juicios y conclusiones no comparto.

2) G. MICCOLI, *op. cit*., pág. 1388.

Cabe destacar que, antes de convertirse en jesuita, el PADRE PIERRE DE CLORIORE intuyó la naturaleza maligna y diabólica de la Revolución Francesa en su libro *Etudes sur la Révolution*, París, 1793.

3) J.-J. GAUME, *La Révolution. Recherches historiques sur l'origine et la propagation du mal en Europe depuis la Renaissance jusqu'à nos jours*, París, 1856-1858.

4) E. INNOCENTI, *La gnosi spuria*, 1.er vol. Roma, 1993. 1.er vol. Roma 1999.

F. YATES, *Giordano Bruno e la tradizione ermetica*, Laterza, Bari 1989 y *Cabbala e occultismo nel eta elisabettiana*, Einaudi, Turín 1979.

E. GARIN, *Lo zodiaco della vita,* Laterza, Bari 1976.

5) Roma 1809, págs. 147 y sigs.

6) Sobre Joseph de Maistre, cf. el artículo "*Joseph de Maistre ésotérique?*" en *Sodalitium* nº 49, págs. 11-31.

7) G. MICCOLI, *op. cit*., pág. 1411.

8) LUIGI CHIARINI: "(1789-1832), sacerdote italiano, orientalista y escritor antisemita. Invitado a venir de la Toscana a Polonia, Chiarini obtuvo

la cátedra de Lenguas Orientales en la Universidad de Varsovia gracias a la protección de Potocki, Ministro de Educación. En 1826, se convirtió en miembro del *Comité Judío*, cuyos miembros eran nombrados por el gobierno. En su *Teoría del Judaísmo* (1830), Chiarini calumnió el Talmud y el rabinato... e intentó revivir el libelo de sangre [asesinato ritual]. Creía que el Estado debía ayudar a los judíos a liberarse de la influencia del Talmud. Comenzó una traducción al francés del Talmud de Babilonia, con el apoyo del zar Nicolás I, de la cual se publicaron dos volúmenes (1831)... Chiarini se vio obligado a abandonar su proyecto debido a la insurrección polaca. Sus otras obras son una gramática del hebreo en latín; una Diccionario hebreo-latín y un artículo: *Dei funerarii degli ebrei polacchi* (Bolonia, 1826)" (Véase *Encyclopedia Judaica*, Jerusalén, n. d., vol. 5, págs. 409-410). "Chiarini nació en Montepulciano el 26 de abril de 1789 y murió en Varsovia el 28 de febrero de 1832... Publicó *Teoría del Judaísmo* (1830) ... este libro se divide en tres partes: en la primera, establece las dificultades para conocer la verdadera cara del Judaísmo, en la segunda, explica la teoría del Judaísmo, en la tercera, trata la reforma del Judaísmo y examina en detalle los medios para eliminar sus elementos "peculiares". En resumen, Chiarini se esfuerza por demostrar que los supuestos males del Judaísmo encuentran su origen principalmente en las enseñanzas supuestamente antisociales y dañinas del Talmud. Argumenta que el Estado debería ayudar a los judíos a liberarse de la influencia del Talmud y que deberían regresar a la simple fe mosaica. Este objetivo se puede lograr de dos maneras: primero, fundando escuelas donde se enseñe la Biblia y donde se estudie gramática hebrea; luego por una traducción francesa del Talmud babilónico con notas explicativas y refutaciones".

9) G. MICCOLI, *op. cit*., págs. 1412-1413.

10) G. MICCOLI, *op. cit*., pág. 1414, nota 106. Cfr. r. TARADEL - B. RAGGI, *La segregazione amichevole*. "*La Civiltà Cattolica*" *y la cuestión judía 1850-1945*, Editori Riuniti, Roma 2000.

11) G. MICCOLI, *op. cit*., pág. 1394.

12) *Ibid*., pág. 1398.

13) *Ibid*., pág. 1399.

14) *Ibid*., pág. 1400.

15) A. ET J. LÉMANN, *Carta a Los israelitas dispersos, sobre la conducta de sus correligionarios en Roma durante el cautiverio de Pío IX en el Vaticano*, Roma 1873, Librería e Cartoleria romana, págs. 5-14.

16) *Ibid.*, págs. 19-21. Sobre los hermanos Lémann, véase: P. THEOTIME DE SAINT-JUST OMC: *Les frères Lémann juifs convertis. Leur vie - leur œuvre*. Lib. S. François, París 1937.

17) G. MICCOLI, *op. cit.*, pág. 1400.

18) *Ibid.*

19) J. DE MAISTRE, *Considérations sur la France*, Lyon 1884, pág. 67.

20) *Idem*, *Du Pape*, Ginebra 1966, pág. 23. Este es el texto crítico con introducción de J. Lovie y J. Chetail.

21) RAFAEL BALLERINI S.J. (1830-1907), ingresó como novicio en el Colegio Romano en 1847, fue ordenado sacerdote en Lyon en 1858. Ballerini ingresó en el colegio de escritores de *La Civiltà Cattolica* en 1868, donde permaneció hasta su muerte. Entre sus obras destacan *Della questione giudica in Europa*, Prato 1891 y *Della Massoneria, Quelche é, Quel che fa, Quelche vuole*, Prato 1900.

22) R. BALLERINI, *Ipeccati d'Europa*, en "CC", 27 (1876), III, págs. 388 arts.

23) *Discorsi del Sommo Pontefice Pio IX pronunziati in Vaticano ai Fedeli di Roma e dell'orbe dal principio della sua prigionia fino al presente*, Roma 1874-1878, citado en G. MICCOLI, págs. 1404-1405.

24) *Discorsi*. en G. MICCOLI, pág. 1405.

25) *Ibídem*.

26) *Discorsi di Pio IX*, vol. II, pág. 294.

Observamos cómo el Magisterio auténtico del Papa Mastai se contradice con lo afirmado por el Concilio Vaticano II en *Nostra Ætate* 4h: "Sin embargo, los judíos no deben ser presentados como reprobados por Dios ni maldecidos, como si esto se dedujera de la Sagrada Escritura".

27) *Discorsi*, vol. III, pág. 149.

28) *Etsi multa luctuosa*, Encíclica del 21 de noviembre de 1873. Cf. también la Carta de 1865, de Pío IX a Mons. Darboy, Arzobispo de París, en *La Documentation catholique*, vol. VI, julio-diciembre 1921, pág. 139.

29) *Discorsi*, vol. IV, pág. 115 y vol. III, pág. 37.

30) F. BERARDINELLI, *Il Golgota e il Vaticano*, en "CC", 23 (1872), I, págs. 649-50, 654-55.

31) A. PREUSS, *Etude sur la Franc-Maçonnerie américaine* (1908), reedición Centro Librarlo *Sodalitium*, Verrua Savoia (Turín) 1998.

32) Cfr. La encíclica *Nostis et nobiscum*, del 8 de diciembre de 1849. Y el discurso pronunciado en el Consistorio secreto del 25 de septiembre de 1865: *Inter multiplices machinationes*.

33) G. MICCOLI, *op. cit.*, pág. 1408.

34) GIUSEPPE OREGLIA DA SANTO STEFANO (1823-1895) fue una personalidad notable. Ingresó muy joven en el Colegio de Nobles del Carmine, en Turín, dirigido por los jesuitas. El 10 de agosto de 1842 ingresó en el noviciado de Chieri y en febrero de 1850 asistió a la primera reunión de *La Civiltà Cattolica*, en la que participaron los padres Carlo Curci, Matteo Liberatore, Luigi Taparelli d'Azeglio, Antonio Bresciani y Francesco Pellico. Participó en la polémica antiliberal masónica. Durante este período fue durante varios años director de *La Civiltà Cattolica*. Entre las obras del Padre Oreglia, cabe mencionar "*Giovanni Pico della Mirandola e la Càbala*", Cagarelli 1894. Entre los otros jesuitas que se distinguieron en el estudio de la cuestión judía, debemos recordar a los Padres:

Mario Barbera (1877-1947), quien ingresó al noviciado de la Compañía de Jesús en Malta, fue ordenado sacerdote en 1905 e ingresó en el colegio de escritores de *La Civiltà Cattolica* en 1910. Entre sus obras, cabe mencionar "*Ortogenesi e Biotipologia*", Roma 1943.

Antonio Messineo (1897-1978), quien ingresó en la Compañía de Jesús siendo muy joven, fue llamado a unirse al colegio de escritores de *La Civiltà Cattolica* en 1931.

Fue uno de los mayores expertos en derecho internacional y colaboró durante la década de 1950 con la Enciclopedia Católica. Entre sus obras se encuentran *La Nazione*, Roma 1944 y *II problema delle minoranze nationali*, Roma 1945.

Francesco Saverio Rondina (1827-1897) ingresó al noviciado de la Compañía de Jesús de San Andrés en Vinimal, Roma, en 1842. Estuvo estrechamente vinculado a León XIII y fue llamado a formar parte del colegio de escritores de *La Civiltà Cattolica*.

35) G. OREGLIA DA SANTO STEFANO, *Di un recente libro "Pro Judaeis"*, en "CC", 36 (1885), I, pág. 35.

36) *Ibid.*, págs. 35 y ss.

37) G. OREGLIA, *op. cit.*, págs. 37 y ss.

38) H. DELASSUS, *La conjuration antichrétienne. Le temple maçonnique voulant s'élever sur les ruines de l'Eglise Catholique*, vol. III, Lille

1910, pág. 1117. Sobre el obispo Delassus, véase: LOUIS MEDLER: *Mgr Henri Delassus* (1836-1921) en *Le Sel de la Terre*:

nº 24, primavera de 1998. 1 "Le légataire universe".

nº 28, primavera de 1999. II "Le spécialiste de l'ennem".

nº 29, verano de 1999. III "Le combattant".

nº 30, otoño de 1999. IV "Coups donnés et coups reçus".

39) G. MICCOLI, *op. cit*., pág. 1377.

40) "CC", 31 (1880), IV, págs. 756 y ss.

41) "CC", 35 (1884), III, págs. 101 y ss.

42) G. MICCOLI, *op. cit*., pág. 1549. Remito al lector a las obras fundamentales de EMILE POULAT, *Intégrisme et catholicisme intégral. Un réseau secret international antimoderniste La Sapinière (1909-1912)*, Tournai 1969. Et *Catholicisme, démocratie et socialisme. Le mouvement catholique et Mgr Benigni de la naissance du socialisme à la victoire du fascisme*, Tournai, 1977.

43) G. MICCOLI, *op. cit*., pág. 1549. Cf. P. SILVA, *Raggiri ebraici e documenti papali*. *A proposito di un recente processo*. En "CC", 65 (1914), II, págs. 196-215 y 330-344.

44) G. MICCOLI, *op. cit*., pág. 1550. Sobre Mons. Jouin, véase: CANOINE SAUVETRE: *Vie de Mgr Jouin*, ed. saint-Rémi: Ets Brepols SA Bélgica 1935.

45) G. PASSELECQ - B. SUCHECKY, *L'Encyclique cachée de Pie XI*, ed. La Découverte, París 1995, págs. 285-289.

46) Me refiero a PLINIO CORREA DE OLIVEIRA, *Revolugao e Contra-revolufao*, Campos 1959. Allí, el autor, al hablar de los "agentes de la Revolución", dedica solo media página a la Masonería, "señora de todas las sectas", sin mencionar nada del Judaísmo talmúdico.

Entre los numerosos artículos que el profesor brasileño escribió durante su larga vida, solo uno (de apenas nueve páginas) trata sobre el Judaísmo (si creemos lo que escribe su biógrafo Roberto De Mattei): *A Igreja e o Judaismo*, en "A Ordem", nº 11 (enero de 1931), págs. 44-52. Por eso, el título que De Mattei le dio de "Doctor de la Contrarrevolución" (Cf. *II crociato del secolo XX*, Casale Monferrato 1996, pág. 151) me parece algo exagerado y no se corresponde con la realidad.